

GRECIA MODERNA: TRAVESÍA POÉTICA

Carmen Chuaqui*

Decir que hay que conocer bien la lengua que se traducirá es un lugar común. Pero cuando esa lengua es la griega, tiene cuatro mil años de existencia y, además, un desarrollo histórico muy complejo, entonces nos enfrentamos a un desafío formidable. La primera lengua literaria de los griegos es la de la poesía épica, que nosotros conocemos bajo el nombre de Homero; pero fue una lengua artificial, es decir, surgió de la amalgama de distintos dialectos que recogían material poético de varios siglos. En la época llamada "clásica" existían también varias comunidades con sus dialectos específicos y sus poesías particulares; sin embargo, las obras de teatro tienen la peculiaridad de que los parlamentos están en dialecto ático, en tanto que las partes cantadas por el coro están en dorio. A raíz de las conquistas de Alejandro Magno, las fronteras geográficas y lingüísticas cambiaron drásticamente y se formó un griego común o *koiné*. Los eruditos de la escuela de Alejandría tomaron la nefasta decisión de escribir sus obras en griego "aticista", que pretendía ser igual al hablado por los atenienses de la época clásica, mientras que el pueblo, en gran parte analfabeto, se expresaba en la *koiné*. Si la distancia entre ambas lenguas se hizo sentir en la época helenística, ya para la bizantina se convirtió en una marcada diglosia. Durante los mil años del imperio bizantino, tanto la lengua culta como la popular siguieron evolucionando separadamente, y cuando el imperio sucumbió ante los turcos, la primera fue preservada por un pequeño grupo de eruditos y la segunda, ya sin un gobierno central que la unificara, volvió a fragmentarse en dialectos. Tras los 400 años de turcocracia, y una vez que muy lentamente se fue conquistando la independencia, surgió el problema de cuál de las lenguas debía usarse en el gobierno, la educación y la literatura. Unos estaba a favor de la *katharévousa*, la lengua "pura" bizantina; otros preferían la *dimotikí*, la lengua "popular". La lucha en torno a la diglosia fue larga y hasta sangrienta; finalmente triunfó la lengua popular, aunque hubo que añadirle una buena cantidad de términos de la bizantina, así como neologismos —generalmente provenientes del francés, italiano o inglés— con el fin de que la *dimotikí* fuese un vehículo de expresión suficientemente amplio y poderoso. El griego moderno actual está ya muy consolidado, pero, cuando se trata de obras del siglo XIX o principios del XX, los resabios de la diglosia siguen perturbando al traductor, que no puede reproducir esa diversidad de estratos en su propia lengua.¹

Helenista. Trabaja en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM

El concepto del griego clásico como una "lengua muerta" proviene de la filología eurocéntrica, pues en realidad la lengua jamás se ha dejado de hablar. Ningún hispanohablante diría que el español del *Cantar de Mio Cid* es una lengua muerta porque ya no se usa; simplemente decimos que está en español antiguo.

Aparejado con este problema lingüístico está el de la tradición, pues si las obras literarias de cualquier país están enraizadas en las obras escritas en épocas prece-
dentes, en el caso de la literatura griega la tradición abarca desde el material épico,
unificado hacia el siglo VIII antes de nuestra era, hasta el siglo XX, que acaba de termi-
nar. Para quien traduce literatura griega –que nos resulta tan cercana y lejana a la
vez– resulta muy difícil insertar en su labor toda la gama de ecos y alusiones que
prolifera en cada texto. No queda más remedio que recurrir a las notas explicativas;
pero quien traduce poesía, como es mi caso, no puede sino lamentar el tener que
abatir su vuelo con el lastre de las notas. Lo que he expuesto hasta ahora ya lo dijo
Odysseas Elytis (Premio Nobel de Literatura 1979) en sólo tres versos, con la profun-
didad y concisión propias de la poesía:

–Me dieron una lengua, la lengua griega
casa empobrecida en las playas de Homero–
y una sola preocupación: mi lengua en las playas de Homero.²

Con el fin de ilustrar el trabajo inherente al traslado de la lengua y la tradición,
recurriré a las voces de varios poetas griegos contemporáneos, que nos guiarán por
una dilatada travesía poética.³

A mi juicio, no hay mejor ilustrador de Homero que Yórgos Seféris (Premio Nobel
de Literatura 1963), que en su poemario *Mythistórima* toma como punto de partida
la *Odisea* y en menor medida la *Ilíada*. Como todos recuerdan, Astíanax era el pequeño
hijo de Héctor y Andrómaca, que llora, asustado, al ver a su padre armado de pies a
cabeza, pues se despide de ellos antes de partir al campo de batalla. Homero no
vuelve a mencionar al niño, pero otras épicas dan dos versiones sobre su destino:
una dice que Odiseo lo mató y otra que Neoptólemo lo arrojó desde las murallas de
la vencida Troya. Seféris dice lo siguiente sobre Astíanax:

Ahora que te vas, lleva contigo al niño
que vio la luz bajo la fronda de ese sicomoro,
un día que resonaban las trompetas y brillaban las armas
y los caballos transpirando se inclinaban para tocar
con sus hollares húmedos la verde aparición
del agua en el estanque.

Los olivos con las arrugas de nuestros padres,
las rocas con la sabiduría de nuestros padres
y la sangre viva de nuestro hermano en la tierra
eran una sólida felicidad, una rica disposición
para las almas que conocían sus plegarias.



² "De digno es. La pasión. 2", en J. A. Moreno Jurado, *Odysseas Elytis* (ed. bilingüe), Júcar (Los poetas), Madrid, 1982.
³ Véase C. Chuaqui, *Poesía griega moderna*, UAM, México, 1986.

Ahora que te vas, ahora que el día de la recompensa
 amanece, ahora que nadie sabe
 quién lo matará ni cómo terminará,
 lleva contigo al niño que vio la luz
 bajo las hojas de aquel sicomoro
 y enséñale a conocer los árboles.⁴

Para la época clásica escogí a Anguelos Sikelianós, pues en 1927 y 1930 organizó dos "festivales délficos" con el fin de promover la cultura antigua. Los dioses olímpicos, desterrados por el cristianismo ortodoxo, ahora son para la cultura occidental sólo espléndidos motivos que los artistas emplean para sus obras –sean literarias, pictóricas o escultóricas–, pero lo griegos tienen el don de imbuirles un hálito de vida y amorosa cercanía que a los demás se les escapa (con algunas excepciones, como la de Pablo Picasso). Como un ejemplo, este poema, que lleva por título "Dórico", tomado de *Vida lírica*:⁵

Con una cabellera semejante al del dorio Apolo,
 que apenas le cubría el cuello, se tendió
 en el lecho y dejó que los miembros se le helaran,
 sumergida en una nube densa e impenetrable.

A pesar de que Artemisa vació toda su aljaba
 –y como de virgen le restaran aún breves instantes–
 aprisionó su voluptuosidad en la clausura
 de sus virginales piernas, en frío panal transfigurada.

–El joven, ungido el cuerpo con lustroso aceite,
 al igual que en la arena de combate, con una rodilla
 la inmovilizó, dispuesto ya para la lucha.

Y aunque rompió el cerco que ella opuso con sus manos,
 largo tiempo pasó hasta que en un mismo gemido
 se unieron los labios y, cubiertos de sudor, en el abrazo.

La época helenística corresponde, por derecho propio, a Constantino Caváfis, el cantor de Alejandría que se llamaba a sí mismo "poeta histórico", pues trasladó a esos remotos tiempos todas las vivencias que no encontraba cómo ubicar en su ciudad, la cual era egipcia –si bien vivían en ella muchos griegos– y que a partir de 1882 se convirtió en un protectorado inglés. En el poema "El dios abandona a Antonio", Roma está a punto de apoderarse del reino helenístico de Cleopatra y, cuando Marco Antonio advierte que ha sido vencido por Octavio, decide suicidarse:⁶



Mythistórima, 17. En "Homer's Reader: a Reading of George Seferis" (Proceedings of the Cambridge Philological Society, núm. 3, 1985, pág. 106), Ruth Padel muestra magistralmente cómo debe analizarse un texto poético y presenta una sugerente conexión entre el último verso de Astiánax y lo que dice Odiseo cuando se da a conocer a su padre: "Yo era un niño y te seguía por el jardín; al pasar por entre los árboles, me los mostrabas y me decías sus nombres" (Od. XXIV; Seferis, *Poiémata* –ed. en griego–, Íkaros, Atenas, 1950, págs. 336-339).

En E. Keely y P. Sherrad, *Anghelos Sikelianos* (ed. bilingüe), Princeton University Press, Nueva Jersey, 1979.
 C. P. Cavafy, *Collected Poems* (ed. bilingüe de la obra completa), George Savidis (ed.), Princeton University Press, Nueva Jersey, 1975.

Cuando de repente, al dar la medianoche,
se oye pasar una comparsa invisible
con música prodigiosa, dando voces...
no lamentos tu suerte que ahora decae,
y sus trabajos que fracasaron, los planes de tu vida
que acabaron todos en desilusión.

Como preparado de antemano, como un valiente,
despídete de ella, de la Alejandría que se va.
Sobre todo no te engañes, no digas que fue
un sueño, que fue una alucinación de tus oídos;
no te rebajes antes esas huecas esperanzas.

Como preparado de antemano, como un valiente,
como es propio de ti, que crees merecer tal ciudad,
acércate con entereza a la ventana
y escucha emocionado –pero sin
súplicas ni lamentos de cobardes–
como un placer postrero, los sonidos,
los admirables instrumentos de la misteriosa comparsa,
y despídete de ella, de la Alejandría que hoy pierdes.



A Kostis Palamás le corresponde llevarnos a la era bizantina. Este poeta escribió al principio en la lengua pura; sin embargo, bajo la influencia del filólogo Yánnis Psycháris –que escribió en defensa del demótico como vehículo literario–, continuó su obra en la lengua vernácula. En 1910 escribió un libro de tema bizantino, con el metro popular de 15 sílabas, intitulado *La flauta del emperador*.⁷ Uno de los poemas está dedicado a la emperatriz Teofanó, que vivió durante la dinastía macedónica y estuvo casada con tres emperadores. Se sabe de cierto que se confabuló con el que sería su tercer esposo para matar al segundo, pero el pueblo aseguraba que esta bella dama inmisericorde tuvo que ver con la muerte de los tres. El poema, algo abreviado, es el siguiente:

He aquí a la augusta Teofanó. Ménade. Furia [...] gobierna con su cetro y domina a generales, cerebros, voluntades, territorios, mundos y a los emperadores, Romano, Focás y Tzimiskés.

Como el fuego líquido que no se apaga en el mar y consume la tierra y se venga en las olas, así avanza Teofanó, señora en todo tiempo y lugar, reina de Constantinopla y de los corazones [...]

⁷ En C. Trypanis, *The Penguin Book of Greek Verse* (ed. bilingüe), 1979.



Aquí esta la augusta Teofanó. Su dulce mirar mata.
¡Cómo penden las víctimas de la cima de su cetro!
Aquí esta la augusta Teofanó. Su dulce reir aporta
la muerte y la perdición [...]

Tus deseos son telarañas y tu amor es opio.
Eres Furia y Esfinge, carne, serpiente, Afrodita.

Tras 400 años de dominio turco, empieza la ansiada reconquista de la independencia en 1821. Dos años después, Dionisos Solomós escribe un extenso poema de 158 estrofas, la *Oda a la libertad*,⁸ cuya popularidad fue tan grande que las estrofas iniciales son hoy en día el himno griego. Lo tomaré como pretexto para hablar de la métrica griega: de Homero en adelante la poesía era cuantitativa, es decir, se basaba en diversos patrones rítmicos de sílabas largas y breves. A lo largo de la época helenística, a medida que se fue perdiendo la diferenciación de cantidades y las vocales se hicieron isócronas, fue necesario cambiar a una métrica basada

en acentos de intensidad. En la era bizantina los poetas cultos fingían escribir poemas cuantitativos, en tanto que los poetas populares, más realistas, recitaban sus poemas acentuados de 12 o 15 sílabas. A partir de la cuarta Cruzada, en 1204, cuando los latinos se apoderaron de ciertos enclaves en territorio bizantino, se introdujo en la poesía griega un elemento hasta entonces no significativo: la rima. Me parece que fue un préstamo poco adecuado para la lengua griega, pues la pronunciación "iotacista" (es decir, que varias vocales y diptongos se pronuncian como i) produce tal cantidad de rimas con ese sonido, externas e internas, que los poemas acaban por ser tediosos. Algunos autores, como Caváfis y Seféris, escribieron al principio poesía rimada, pero después sólo emplearon el verso libre, al igual que los poetas posteriores. La *Oda a la libertad* está escrita en octosílabos rimados; el sujeto de referencia es la Libertad personificada:

Te conozco por el filo
inclemente de tu espada,
te conozco por el brillo
con que impera tu mirada.

Ahora surges de las sacras
osamentas de los griegos,
como antaño valerosos,
¡salve, oh salve, Libertad!

Con Solomós llegamos a la época contemporánea, así que los poetas hablarán ahora de su propio mundo. Quiero presentarles, a través de ellos, dos periodos muy difíciles para el pueblo griego. Cuando estalla la guerra de 1914, los turcos se ponen del lado de los alemanes y, al perder éstos, los aliados imponen su mando sobre el sultanato turco de Estambul. Tras la independencia, los griegos deseaban poner en práctica lo que llamaron "la gran idea", es decir, la reconquista de los territorios greco-bizantinos, principalmente la de la antigua capital: Constantinopla. Creyendo que los aliados los apoyarían, se lanzaron a la lucha, pero en un año su ejército fue aniquilado. Los turcos arrasaron Esmirna en 1922 y obligaron a salir a millón y medio de griegos que vivían en Asia menor y Tracia. El exilio, esa devastadora experiencia que los griegos han vivido ante los invasores romanos, latinos y turcos, resulta doblemente trágica para los poetas, pues los desarraiga tanto de su patria como de su lengua. Seféris, cuya familia era de Esmirna, ofrece en *Mythistórima* (8) esta visión del exilio:

Pero qué buscan nuestras almas cuando viajan
sobre las cubiertas de barcos deteriorados,
colmados de pálidas mujeres y niños que lloran
sin poder olvidar, ni con los peces voladores
ni con los astros que señalan las puntas de los mástiles.
Desgastadas como los discos del fonógrafo,
atadas sin querer a inexistentes peregrinaciones,
murmurando pensamientos quebrados en lenguas
desconocidas.

Pero, ¿qué buscan nuestras almas cuando viajan
sobre maderos podridos por el mar, de puerto en puerto?

Transportando pedazos de piedra, respirando
la frescura del pino cada día con más dificultad.
Flotando en las aguas de este mar y de aquel mar,
sin sentir, sin hombres,
dentro de una patria que ya no es nuestra ni de ustedes.

Sabíamos que las islas eran bellas,
buscábamos un lugar alrededor,
un poco más cerca o un poco más lejos,
un espacio ínfimo.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Grecia fue invadida por el ejército alemán, y el movimiento de resistencia funcionó, en buena medida, por la organización de los comunistas. Sin embargo, al terminar la contienda, la represión del gobierno griego contra los ex guerrilleros fue feroz. Entre los encerrados en campos de concentración estuvieron el músico Míkis Theodorákis y el poeta Yánnis Rítsos, los cuales, en muchas



ocasiones, aunaron sus talentos para crear canciones de protesta. La poesía de Ritsos es sencilla, directa, en lengua popular, tan popular como sus personajes: la gente que sufre, inerme, los horrores de la guerra. He aquí un ejemplo, tomado de *Paréntesis*:³

La tarde toda es pedacería de yeso, oscuras piedras, espinas secas.
La tarde tiene un color incierto de antiguos pasos
que se quedaron en el camino,
de antiguas vasijas enterradas en el patio
y sobre ellas el cansancio y la yerba.

Dos muertos, cinco muertos, doce –tantos y tantos más–.
Cada hora tiene su muerto. Detrás de las ventanas
permanecen de pie los ausentes
y el vaso con el agua que no bebieron.

Y esa estrella que cayó en la orilla de la tarde
es como una oreja cortada que no escucha a los grillos,
que no escucha nuestras excusas –no se digna
escuchar nuestros cantos– sola, sola, sola,
aislada, indiferente ante la condena o la venganza.



Para la última escala de nuestra travesía, escogí un género que no tiene fronteras temporales ni geográficas, el de la poesía amatoria, que en Grecia empieza con la poesía lírica del siglo VII, como la de Safo de Lesbos, y continúa hasta el día de hoy. En la voz de Seféris (*Mythistorima*, 15), mi autor favorito, ese gustado motivo literario: el poeta que contempla a su amada durmiendo.

El sueño te envolvió, como un árbol de hojas verdes,
respiraste, como un árbol, en la serena luz
y dentro de la diáfana fuente vi tu cara:
los párpados cerrados, las pestañas imprimían su rastro en el agua.
En la suave hierba mis manos encontraron tus dedos,
tomé tu pulso un instante
y sentí tu corazón dolorido que estaba en otra parte.

Abajo del sicomoro, cerca del agua, entre los laureles
el sueño te movía y te fragmentaba
en torno a mí, cerca de mí, sin poder abrazarte toda entera;
unido a tu silencio,
mirando tu sombra crecer o decrecer,
perderse entre otras sombras, en otro
mundo que te dejaba ir y te apresaba.

³"La tarde", en E. Keely, *Ritsos in Parenthesis* (ed. bilingüe), Princeton University Press, Nueva Jersey, 1979.